

# La fragilidad de la certeza

M<sup>a</sup> Luisa Balaguer

Me recuerdo en Granada, en la primera mitad de los setenta del pasado siglo, cuando empezaba Derecho, saliendo de mi casa, piso de estudiantes compartido, yendo varias veces al kiosko de la esquina, pomposamente apodado *Dragstore*, preguntando cada tarde por el *Informaciones* y unos años después, cada mañana por *El País*, con la esperanza de que el Consejo de Ministros de la semana fuera un paso atrás en el horror, de que se aprobara la amnistía para los presos políticos, de que no hubiera muerto nadie en una manifestación, o de que no hubieran torturado a alguien en un interrogatorio.

Bajaba hasta tres o cuatro veces, en parte por la impaciencia de leer las noticias, que aunque sesgadas y censuradas, eran la única forma de comunicación posible entonces, y en parte también porque el reparto se retrasaba, pero si tardabas al poco ya se habían agotado los ejemplares.

Vivíamos un mundo tan efervescente y frágil, que la Universidad era una Asamblea permanente, en la que de vez en cuándo te examinabas. La legalización de los partidos políticos, la apertura a la transición democrática, la institucionalización de la vida pública, y el desmantelamiento de la Dictadura, copaban nuestra actividad en aquellos años.

Lo que vino después ya es sabido. Las instituciones empezaron a funcionar, los partidos políticos se alternaron en el poder, y la Constitución que se aprobó en 1978, ha sido hasta hoy la de mayor duración histórica en nuestro Estado.

La economía rozó prácticamente el pleno empleo, los derechos y libertades derivados de la Constitución nos permitieron aprobar las leyes más progresistas de Europa, el derecho de igualdad fundamentó la ley de los matrimonios del mismo sexo, y nuestra transición política se exportó como modelo a los países dictatoriales.

La certeza del derecho llevó a otras certezas, la vida se pudo programar de antemano, los derechos laborales permitieron el bienestar de

las clases medias, las políticas sociales apoyaron los derechos de las mujeres para su integración social.

¿Qué ha pasado para que ahora, cada mañana de viernes nos atemorícemos de leer en el Twitter las reseñas del Consejo de Ministros, temiendo que ya no nos quede nada por perder?

Con el tiempo han disminuido las certezas, nada de lo que estamos viviendo ahora parece tener continuidad en el tiempo, este es sobre todo un tiempo provisional, llamado a no permanecer, como un «mientras tanto» que nos devolverá a lo que éramos hace unos años, ciudadanos libres, con derechos sólidos, ganados en la lucha por el Estado de Derecho, reconocidos en nuestras normas, y garantes de nuestras vidas.

Y es ahora, cuando nadie entiende como es posible, que el Estado de Bienestar se derrumbe ante nuestra pasividad. No es indiferencia, es velocidad de reacción, como si el ser humano necesitara tiempo, mucho tiempo, y lo peor es que no se sabe nunca cuanto, para entender lo que está ocurriendo dentro y fuera de él. Así, que mientras pensamos qué vamos a hacer, adonde vamos a dirigir nuestra vida, en relación con la persona a la que amamos, o al trabajo del que nos van a echar mañana, o más aún, de la sociedad que desaparece ante nosotros, la vida sigue su curso indeleble, frente a nuestra pasividad, las cosas siguen ocurriendo, nos seguimos enamorando, nos despiden de nuestros trabajos, echamos en falta haber dicho al amigo lo que lo queremos cuando ya no está, y entretanto no damos crédito al desmantelamiento de aquello que una vez ocurrió, y queda ahí yéndose, y nosotros lo seguimos viviendo como si todavía estuviera. Esa relación, que después de años ya no es la misma, ni se parece, porque poco tiempo después de iniciarse ya había muerto, había sido desahuciada por otros sentimientos más fuertes e imprecisos.

Esa empresa que ya no vende pisos, pero parece la misma empresa, porque aunque la puerta de entrada está ahí, es una empresa inexistente,

porque ya no entran aquellas personas que saludaban los lunes, contando sus fines de semana.

También el entorno social y las relaciones humanas, se licuan y nada permanece el tiempo suficiente para ser voluntariamente pensado. Es la sociedad de la incerteza, de la volatilidad de las relaciones humanas, y de la transitoriedad de las economías globales, mutantes geográfica y jurídicamente.

¿Quién sabía entonces, cuándo construíamos una democracia estable, que iba a ocurrir todo esto? Juan Mayorga, narra en su obra *HIMMELWEG*, la visita a los prisioneros de guerra, de un enviado de la Cruz Roja, que informa de la total normalidad del campo, después de entrevistarse con el comandante de la zona. El protagonista del *Camino del Cielo*, a su vuelta, y después de su informe, empieza a conocer la realidad de lo que allí ha ocurrido, y se espanta de no haber sido capaz de percibirlo. Allí todo ocurría con normalidad, la gente paseaba por las plazas, leía en los parques, caminaba de un lado al otro aparentemente dedicada a hacer su vida. La obra descubre que se trataba de actores, que en un terreno acotado, representaban un papel dirigido a producir esa desinformación.

La pérdida de la proyección de la vida pensada de antemano, el cambio de las viejas amistades, por las interesantes entradas en la red de otras desconocidas, que se nos antojan más reales que las de nuestra infancia. El sólido poder que nos orienta al caos, al hundimiento de la vieja Europa gobernada por antiguos enemigos que siguen sin aprender a entenderse, becando Erasmus que se emparejan aprendiendo idiomas, mientras su clase política les roba el futuro, legislando en su contra.

Ahora cada ley es una agresión, arrebatada al lenguaje. Cada medida dice exactamente lo contrario de lo que legisla. Cuándo se quiere retrasar la edad de jubilación, titulan la norma como «medidas para favorecer la continuidad de la vida laboral», como si se tratara de una concesión en lugar de un perjuicio.

Leyes que hacen disminuir en un punto la certeza, que duran solamente unas semanas, y que apenas da tiempo a leerlas antes de derogarse por otras que no durarán mas que unos días. Leyes en nuestra contra, leyes que suprimen los derechos ganados en Europa desde 1848, leyes para ser incumplidas por ellos mismos, pero ante las que la ciudadanía está desmantelada.

Trajes oscuros, constantemente buscando

culpables de lo que hicieron ellos, incapaces de resolver acerca de lo que de verdad importa. Desahucio de la vida, de la que nos desalojan a cada minuto que hablan, siempre en contra de los otros, de los que estuvieron antes, y volverán a estar, deshaciendo lo de ahora.

Pretendiendo convencernos de que ellos sabían como eran el mundo y que había que hacer para vivirlo. Todavía con la resaca del mitin, la suntuosidad de sus poderes, el ornato de sus despachos, en los que se pertrechan, pretendiendo mantener sus liderazgos a izquierda y derecha, tan absurdamente ignorantes de que la función ha terminado, se resisten a bajar del escenario y siguen actuando para un público que ya no está allí.

Se acercan cada vez más al esperpento de todo poder, también de los poderes anteriores, los que nunca quisimos, y creímos erradicados para siempre.

La ciudadanía entre perpleja y atónita, asiste al espectáculo de una clase política endogámica y corrupta. Que en lugar de erradicar la pobreza, quiere acabar con los pobres, dejándolos a la intemperie de toda protección. La seguridad, que en la democracia es exactamente la interdicción de la arbitrariedad, ahora la representan los cuerpos y fuerzas del Estado para atacar a la ciudadanía. ¿Era esto, era por esto por lo que mi generación luchó, por estos derechos, líquidos, por este desmantelamiento del derecho laboral, normas que se forjaron en las huelgas de toda la década de los setenta, a la lucha de tanta gente que perdió su trabajo para que la clase obrera mejorara?

Y la igualdad de género, que desde la década de los sesenta se construyó con la sólida convicción de que las mujeres eran dueñas de su propio cuerpo, ¿qué es hoy, sino una licuación de normas, que se intercambian con cada gobierno que avanza y regresa en dejar abortar a las mujeres, y que hace de cada mujer una Penélope que teje y desteje cada legislatura, a la espera de un Ulises siempre retardado? Y la igualdad, una mitología que busca su derecho perdido, entre instituciones surgidas a la luz de mítines electorales, para involucrarse en una retórica tan sugerente como inútil.

No era por la fragilidad, sino por la certeza. Por eso luchamos.

*M<sup>a</sup> Luisa Balaguer es Catedrática de Derecho Constitucional de la Universidad de Málaga.*